

## LOS PRINCIPIOS, UNA CUESTIÓN DE ORDEN

Nos encontramos hoy inmersos en un espectro cultural que nos asecha con la incesante vorágine de su monótona reiterativa uniformidad de interpretaciones y acciones disgregantes en su repelerse recíproco. Desfiguradora de la más mínima insinuación de una concepción objetiva de la realidad subsistente en su orden, y, por consiguiente, de la verdad asequible en su universalidad inteligible y racional, nos impele a pausar la mirada buscando deslindar las causas que arrojen un poco de luz al hombre de nuestro tiempo, sin razón ni fundamento sensiblemente vapuleado, inestable y debilitado.

Nos remitimos para ello a la distancia que ofrece el despejo del horizonte de la historia, pero aún más inconmensurable aquella de la actualidad siempre eterna y presente de los principios entendidos en verdad.

Substanciados en la doctrina de Santo Tomás, advierte que el sabio debe ordenar y juzgar la verdad a la luz de la causa más elevada del género de objeto que se trate<sup>1</sup>. “Como se sabe, la salvación del hombre consiste y se funda en el conocimiento de la verdad, para que el entendimiento humano no se oscurezca con los diversos errores; también consiste en la búsqueda del fin debido, para que no se extravíe de la verdadera felicidad buscando fines indebidos; e igualmente se funda en el cumplimiento de la justicia, para que no se mancille con los vicios”<sup>2</sup>. Adoptado en principio el método *Fides quaerens intellectum*<sup>3</sup>, el teólogo dominico admite existentes dos órdenes de realidades, la del Dios, Uno y Trino, Ser creador y causa eficiente de la realidad de su creatura, el universo de los entes naturales, incluido el hombre asimismo por Jesucristo redimido<sup>4</sup>. En consecuencia, con la religión revelada como marco, todo su esfuerzo especulativo teológico conlleva la delicadeza de resguardar en su justo lugar y medida la riqueza de la complejidad de elementos implicada entre ambos. De allí la necesidad de distinguir las jerárquicas graduaciones entre el Ser y los entes y sus relaciones, y por ellos, de los conocimientos y ciencias accesibles al hombre, cuidando de conservar así el equilibrio en la fundamentación de sus subordinaciones<sup>5</sup>. Lo que existe es evidente, afirma el fraile

<sup>1</sup> Santo Tomás de Aquino, *Suma contra los Gentiles*, BAC, Madrid, 1970, I, c. 1; (S.C.G.).

<sup>2</sup> Santo Tomás de Aquino, *Compendium Theologiae*, trad. José I. Sarayana y Jaime Restrepo Escobar *Compendio de Teología*, Ed. Rialp, 1980, c. 1. a. 1.

<sup>3</sup> La Sagrada Teología sirviéndose de la filosofía. El “único método seguro (...) consiste en tomar a la revelación como guía, a fin de llegar a alguna inteligencia de su contenido; y esta inteligencia de la revelación es la filosofía misma. *Fides quaerens intellectum*: he ahí el principio de toda especulación medieval”, Etienne Gilson, *L'esprit de la philosophie médiévale*, traducido con el título *El Espíritu de la filosofía medieval*, Ediciones Rialp, Madrid, 1981, p. 16.

<sup>4</sup> Cfr. Santo Tomás de Aquino, *Comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo*, Edición preparada por Juan Cruz Cruz, EUNSA, Pamplona, 2008, Libro primero, “Prólogo de Santo Tomás”.

<sup>5</sup> Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I, c. 1, Club de Lectores, Buenos Aires, 1988; (S. Th.).

mendicante, pues “el ente y la esencia son lo primero que el intelecto concibe”<sup>6</sup>, precisamente por ser lo primero que se ofrece al entendimiento humano a partir de la experiencia sensible en su encuentro con la realidad concreta que le es connatural<sup>7</sup>. “Como el principio del conocimiento de una cosa determinada es la de su substancia, pues la ‘esencia’, dice el Filósofo, es el principio de demostración, el modo con que sea entendida la substancia de un ser será también el modo de todo lo que conozcamos de él. (...) el conocimiento en esta vida tiene su origen en los sentidos y, por lo tanto, lo (...) aprehendido por el entendimiento humano, (...) en tanto es deducido de lo sensible”<sup>8</sup>. A su vez, el Angélico explica que toda ciencia humana se encuentra comprendida virtualmente en los principios en que se cimienta. Descubiertos por la luz natural del intelecto, ellos son o conocidos por sí mismos, o, contrariamente, remitidos a los de una ciencia superior, más universal y abstracta, y a los que se reduce, de manera que a su luz son fundamentadas sus conclusiones<sup>9</sup>. En cuanto el ente es principio primerísimo en lo real, es el objeto propio de la Metafísica, la primera de entre las ciencias del hombre, a la vez que su fundamento. Como hábito natural, toda ciencia versa sobre las conclusiones derivadas mediante rigurosa demostración de sus principios, lo cual nos trajo a reparar mientes en una cuestión nada menor, guía de nuestro análisis, cuando nos aconseja atender a lo primero, pues es gravemente concluyente un error de principio<sup>10</sup>.

La punta del ovillo que buscamos desentramar en el exacerbado desorden que atestiguan hoy casi todos, y casi sin casi, los ámbitos humanos, nos retrotrae tres centurias en el tiempo, a la filosofía de Renato Descartes, quien con su máxima: “acostumbrarme a creer que sólo nuestros pensamientos están enteramente en nuestro poder”<sup>11</sup>, establece los fundamentos racionalistas de la modernidad con su incipiente idealismo crítico. La autonomía del sujeto pensante<sup>12</sup> en su certeza, previo decreto de aplicación de la “duda metódica” y su exclusión metodológica de aquellos dos principalísimos órdenes de lo real objetivo contemplados por el

---

<sup>6</sup> Santo Tomás de Aquino, *De ente et essentia*, traducción de Carlos Alfredo Taubenschlag *Acerca del ente y de la esencia*, Ágape Libros, Buenos Aires, 2004<sup>1</sup>, Prólogo, p. 25; (*E.E.*). *S. Th.*, I, c. 5, a. 2, c. Cfr. Etienne Gilson, *Being and Some Philosophers*, trad. Santiago Fernández Burillo *El ser y los filósofos*, Eunsa, Pamplona, 1979, pp. 231-279.

<sup>7</sup> *S. Th.*, I, c. 87, a. 1, c.

<sup>8</sup> *S.C.G.*, I, c. 3.

<sup>9</sup> *S. Th.*, I, q. 1, a. 2, c. y a. 7, c.

<sup>10</sup> Cfr. *E.E.*, *op. cit.*, p. 25.

<sup>11</sup> Gilson, Étienne, “Discurso del método para dirigir bien la razón y buscar la verdad en las ciencias”, *Renato Descartes. Obras filosóficas*, El Ateneo, Buenos Aires, 1945, p. 40; (*R.D.O.F.*). Remitimos a nuestro trabajo del año 2017: “La disolución del orden entre naturaleza, cultura y gracia en la modernidad”, [http://www.sta.org.ar/xlii/files/Perez\\_de\\_Catalan\\_42.pdf](http://www.sta.org.ar/xlii/files/Perez_de_Catalan_42.pdf), para avanzar ahora sobre nuevas conclusiones.

<sup>12</sup> Así lo define: “no soy (...) más que una cosa que piensa, es decir, un espíritu, un entendimiento, o una razón”. “¿Y qué es una cosa que piensa? Una cosa que duda, entiende, concibe, afirma, niega, quiere, no quiere, imagina y siente”, Puntos 5 y 7, “Meditación II”, *Meditaciones Metafísicas*, *R.D.O.F.*, *op. cit.*, pp. 89 y 90.

teólogo escolástico y sus ciencias correlativas, ejecuta así una inversión completa de la concepción realista habituada a pensar desde el punto de vista del objeto<sup>13</sup>, rezagada desde entonces como empolvada reliquia de curiosidad arqueológica, de un pasado cuya duración, sin embargo, sustenta más de veinte siglos de diálogo divino y humano<sup>14</sup>, como atestiguan los mutuos aportes y vívidos intercambios en la confluencia de los mundos antiguo y medieval hasta nuestros días. Dicha revolución, decimos, despunta con una original decisión cartesiana, a partir de la cual la reflexión filosófica debe ir del pensamiento a las cosas, pretendiendo inverosímilmente, pueda luego el pensamiento encontrar en sí mismo algo que no sea pensamiento. Étienne Gilson enfatiza que, en su médula, la resolución cartesiana es una cuestión de método, pero enarbolado como principio indubitable sin embargo conmueve íntegra la metafísica, porque “Invirtiendo el método aristotélico y de la tradición medieval, Descartes decide que, en adelante, *a nosse ad esse valet consequentia*, a lo cual añade que éste es incluso el único tipo de conclusión válida, (...) en su filosofía, todo lo que puede atribuirse clara y distintamente a la cosa es verdadero de la cosa (...) Su principio, *Cogito, ergo sum*, da como resultado este otro: *Cogito, ergo res sunt*”<sup>15</sup>. Verdadero principio, aunque ya no más en el sentido clásico de una afirmación abstracta y universalmente válida, sino en el de un comienzo o punto de partida para lograr un conocimiento real<sup>16</sup>. Y como las esencias metafísicas poseen una intrínseca necesidad y la filosofía adelanta en la medida que asume con mayor claridad las exigencias en ellas contenidas, analizaremos algunas de importancia capital a nuestro entender.

El primer inconveniente a examinar nos descubre la ilusión que importa la pretendida certidumbre cartesiana. Su esfuerzo metafísico se instala en la inmanencia de la auto-intuición

---

<sup>13</sup> Mientras que Santo Tomás encuentra el conocimiento en el ser, Descartes pone las bases metodológicas del idealismo subjetivo, luego crítico en Kant y absoluto en Hegel, al idear un único método para todos los problemas que pudiera plantearse el espíritu humano, en cualquiera de los órdenes posibles. Aunque la escolástica hacía ya tiempo que había perdido sus energías intelectuales, es Descartes quien levanta el acta de defunción: “puesto que las ciencias (...) no son más que el espíritu humano mismo que las constituye; aparentemente múltiples cuando se coloca en el punto de vista de los objetos diferentes que estudian, son una cuando se coloca en el punto de vista del sujeto pensante (...) La única dificultad, para poner el espíritu en posesión de los principios verdaderos y hacerlo capaz de deducir de ellos a voluntad todas las ciencias, es la de suministrar un método. Se llama método, al orden que el pensamiento debe seguir para llegar a la sabiduría”, *R.D.O.F., op. cit.*, pp. 8, 9-10.

<sup>14</sup> “He aquí el sentido exacto del dicho ‘*Philosophia ancilla theologiae*’ que ha sido calumniado modernamente como decapitador de la filosofía y destructor de su independencia y nobleza. (...) Muy por el contrario. La Teología emplea los resultados ya adquiridos por la filosofía, la cual supone a ésta constituida (sic!), *S. Th.*, I, q. 1, a. 5, c., ad. 1 y 2, nota 1 al pie.

<sup>15</sup> Gilson, Étienne, *Le réalisme méthodique*, traducido por Valentín García Yebra *El realismo metódico*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1997, p. 43-45; (*R.M.*). Reformulamos aquí, según nuestro entender, algunas líneas de sus preclaros análisis sobre el tema.

<sup>16</sup> Gilson, Étienne, *La unidad de la experiencia filosófica*, Rialp, Madrid, 1960, p. 190.; y en pp. 147-8-9 explica lo que se reiterará pluriforme en lo sucesivo: “De ordinario, surge entonces un joven héroe que decide que hay que rehacerlo todo de arriba abajo, como Descartes. Eventualmente, puede inaugurar su propio experimento con el mismo desatino que había dado lugar al escepticismo y a su propia lucha por librarse de él, como es el caso de Descartes. De este modo se repetirá el mismo viejo ciclo”.

del pensamiento. Así planteado, imposible resulta al sujeto cognoscente salir de la idea clara y distinta y tocar la cosa conocida extramental, allende el supuesto del mismo pensador por resolverlo apelando al principio de causalidad, lo cual paradójicamente decanta en pura imaginación<sup>17</sup>, porque, lógicamente, el despuntar desde una representación no pasa de ser un término mental, donde el punto de partida es ya punto de llegada. Comenzar como idealista conlleva por necesidad la conclusión igualmente idealista; imposible resulta en el idealismo un hiato y menos el concederle límites<sup>18</sup>. Lanzado a definir lo real como pensamiento, Descartes procura llegar a lo real no pensado y en su fracaso termina renunciando a ello, porque el *percipi* no alcanza otro *esse* que el del *percipi*. “Un más allá del pensamiento ni siquiera puede pensarse; esto no constituye sólo la fórmula perfecta del idealismo, sino también su sentencia de muerte; porque, para la filosofía, tan indispensable es lo no pensado como el pensamiento, y, si no se puede salir de sí para ir a las cosas cuando se parte del pensamiento, esto prueba que no es de allí de donde se tiene que partir”<sup>19</sup>. Contrariamente, asumida la espontánea actitud filosófica del Angélico y despabilados por la evidencia histórica de tres siglos infructuosos, ser realista en filosofía implica sencillamente admitir tal como se produce el hecho del conocimiento, siguiendo el sentido común. Esta filosofía del sentido común<sup>20</sup> invita no a concluir, sino a comenzar por afirmar la existencia efectiva del objeto admitido como cosa distinta del pensar del sujeto, con la lúcida advertencia hoy de no partir de aquellos problemas ni soluciones planteados por el moderno idealismo. A raíz de ello, es posible entonces distinguir sin mayor dificultad el orden intencional de aquel del orden existencial, porque “Un acto común en el

---

<sup>17</sup> Descartes lo expresa diversamente: “me resolví a figurarme que todas las cosas que en otro tiempo habían penetrado en mi espíritu no eran más ciertas que las ilusiones de mis sueños”; “Pero presentando este escrito solamente (...) como una fábula”; “Aparte de que las fábulas hacen concebir como posibles muchos acontecimientos que no lo son”, “Discurso del método para dirigir bien la razón y buscar la verdad en las ciencias”, *R.D.O.F.*, pp. 43, 30, 29. Según Gilson, habiendo desaparecido entonces la metafísica racional y como todavía no nacía la ciencia positiva el único recurso que les quedaba a los hombres de este tiempo era la imaginación, cfr. *U.E.F.*, p. 146.

<sup>18</sup> Para Gilson “así nos lo advertía la historia (...) y la causa de su ruina”, *R.M.*, p. 47; y cfr. p. 49: Desde San Agustín el *cógito* es un posible principio en metafísica, pero no el primero\*, ni la garantía de la existencia de la materia, como en Descartes. La particularidad del *cógito* es que permite llegar a un ser, pues el que yo piense no es la causa de que yo sea, sino que pienso porque soy; sin embargo, sigue intacto el problema de saber si, no siendo ser el ser que yo capto más que por mí y en mi pensamiento, podré llegar por este camino a captar un ser que no sea el del pensamiento. \*Cfr. pp. 63 y 169.

<sup>19</sup> *Idem*, p. 57. Chesterton recalca lo siguiente: “Instintivamente, el hombre comprendió siempre que, si se consentía discutirlo todo, la primera cosa puesta al debate sería la razón”; “porque ya no se puede pensar si no hay cosas en qué pensar. No se puede pensar si no se está separado del objeto en que se piensa”, Gilbert K. Chesterton, *Ortodoxia*, Espasa Calpe, Bs. As., 1946<sup>2</sup>, pp. 48 y 50; (*Ort.*).

<sup>20</sup> Cfr. *R.M.*, p. 177: El sentido común no es una filosofía, pero la sana filosofía en él se apoya y desde el cual le es posible revisar el sentido común mal informado. Tal el proceder de la ciencia, que no es crítica de aquél, sino de sus tentativas de aproximación a lo real. Más aún. La capacidad inventiva del sentido común en el uso metódico de sus recursos es atestiguado por la historia de la ciencia y de la filosofía, de modo que deben ser criticadas las conclusiones a las que arriba porque eso es invitarlo a seguir siendo lo que es, y no a su desacreditación.

orden de la intencionalidad no puede transformarse en un acto común en el orden de la existencia; presupone, por el contrario, dos existencias distintas”; la “actualidad común al sujeto y al objeto deja intacto el carácter puramente analógico de sus existencias subjetivas”<sup>21</sup>. Todo lo cual evidencia inviable pretender un término medio entre ambos, porque la filosofía así entendida no es función del problema del conocimiento ni supone la epistemología como condición de la ontología. Por el contrario, la solución consiste en guardar el orden adecuado, donde “la epistemología se desenvuelva en ella y con ella siendo al mismo tiempo explicadora y explicada, sosteniéndola y sostenida por ella, como se sostienen mutuamente las partes de una filosofía verdadera”<sup>22</sup>. Concebida así, el estudio de la sabiduría es la ciencia que se basa en la evidencia de los primeros principios y causas últimas de las cosas con los que se contrastará la verdad de sus conclusiones, pero apelando incesantemente a la experiencia, por la sencillez y fecundidad explicativa que de ella alcanza, consciente ya de la inviabilidad del idealismo<sup>23</sup>.

Asimismo, cabe analizar otra gravísima dificultad subsecuente de no respetar el principio: “Una ciencia de lo real para cada orden de lo real”<sup>24</sup>: “es un axioma categórico que todos los intentos de tratar los problemas filosóficos desde el punto de vista o con el método de alguna otra disciplina, traerán, como resultado inevitable, la destrucción de la Filosofía misma”<sup>25</sup>. Confiado en salvar las verdades obtenidas por la escolástica, Descartes no advierte que dependen del método que lo possibilitó, pues reducirla *a priori* al método de una ciencia vacía la filosofía de contenido, quedando relegada así al ciencismo. “Jamás la historia del pensamiento humano había conocido extrapolación más vasta ni más osada que ésta, de cuya

---

<sup>21</sup> R.M., pp. 95 y 93: “No se trata de dos seres distintos que se conviertan en un *idem numero*, sino únicamente de un ser, el del sujeto, que, gracias a su sensibilidad, participa de la actualidad de otro ser, sin que la existencia del sujeto pase a ser la del objeto, ni la del objeto pase a ser la del sujeto. La prueba es que la forma del objeto sigue siendo su forma, y que, si el conocimiento del uno por el otro es su acto común, es porque entre la forma del uno y la del otro hay ya identidad, no numérica, sino formal, *convenientia in forma*”.

<sup>22</sup> R.M., p. 63. “El hombre está hecho para dudar de sí mismo, no para dudar de la verdad, y hoy se han invertido los términos”; “las filosofías ambientes no sólo tienen cierto o vago sabor de manía, sino de manía suicida. El interrogador sistemático, a cabezazos contra los muros del pensamiento humano, acaba por estrellarse la cabeza (...) Porque lo que presenciamos no es la infancia del libre pensamiento, sino su vejez y su última caducidad (...) Ya no le quedan al escepticismo otras dudas que proponer; ya se ha puesto en duda a sí mismo. Ya no es posible evocar visiones más terribles, en un pueblo cuyos individuos se preguntan sobre la realidad de su propia existencia ¿Se puede imaginar mundo más escéptico que un mundo cuyos habitantes dudan de que exista tal mundo?”, *Ort.*, pp. 45, 52-53.

<sup>23</sup> Cfr. *idem*, p. 59. El intelecto humano tiene la facultad de conocer, pero no de conocerse, porque hasta que no conoce en acto por causa de las cosas sensibles, es incapaz de conocerse, y sin las cuales es incapaz de pasar del conocimiento que tiene virtual de sí mismo a un conocimiento actual; este orden, respetado por el Aquinate, no es accidental, responde a la realidad del conocimiento, cfr. *idem*, pp. 105, 107, 177, 179 y *S. Th.*, I, q. 87, a. 3, c.

<sup>24</sup> R.M., pp. 139.

<sup>25</sup> U.E.F., pp. 147-8; y en p. 114-5: Cuando se aborda un problema con método equivocado, se lo falsea, concluyéndose tranquilamente entonces que no hay nada que resolver. Mas “la solución integral de los problemas que hoy nos afligen estaría en que todos y cada uno de nosotros advirtiéramos hasta qué punto esa mentalidad nos ganó el ser, y en destruir sus manifestaciones con métodos adecuados”, Leopoldo Marechal, “Autopsia de Crespo”, II “El teatro y los ensayos”, *Obras Completas*, Libros Perfil, Bs.As., 1998, p. 476.

sustancia vivimos todavía hoy”<sup>26</sup>. En consecuencia, su crítica o *pars destruens* imposibilita una *pars construens* o positiva en filosofía. Porque una idea clara encierra solo un contenido inteligible, dado por su definición, es de su naturaleza la exclusión de cualquier otra: “si el método idealista es el suicidio de la filosofía como conocimiento distinto, es porque envuelve a la filosofía en una serie inextricable de contradicciones internas que la conducen finalmente a un escepticismo, es decir, a un suicidio liberador. Por causa suya (...) lo real no ha cesado de dividirse en entidades imaginarias que sólo tienen apariencia de realidad. Toda cosa, al devenir en sí lo que es para el pensamiento abstracto, se disocia en una pareja de términos antinómicos que jamás podrá volver a unir toda la ingeniosidad de los metafísicos. Ésta es la razón por la que la filosofía moderna, en la medida en que no abdica en favor de la ciencia, parezca un campo de batalla donde luchan indefinidamente sombras irreconciliables”<sup>27</sup>, encabezado por el sujeto vs. el objeto, y derivando en tantos otros: el espíritu vs. la materia, el espiritualismo vs. el mecanicismo, la voluntad vs. el entendimiento, la necesidad vs. la libertad, la inteligibilidad vs. la creatividad, e indistinto a la inversa, todos rezagos lanzados en esquivarlas por el ilimitado análisis disolvente del pensamiento<sup>28</sup>, que con arduas hipótesis y artificios pretende tender un puente sobre un sisma infranqueable en razón del principio que lo hace insoluble<sup>29</sup>. Hasta la misma causalidad, en cuanto aquella especie de participación real entre sustancias, se torna por consiguiente inadmisibile. Esta concepción inevitablemente compromete a la filosofía en una empresa terrible y la sumerge en la más severa de sus crisis, porque conlleva una sustitución de

---

<sup>26</sup> *R.M.*, p. 121.

<sup>27</sup> *R.M.*, p. 61. “Existe así, en cada época, una multitud de conciencias que son el lugar de este conflicto y que lo sufren pasivamente, sin poder hacer más que afirmar simultáneamente sus valores espirituales a la vez necesarios y contradictorios. Desgarramiento interior que nosotros todos conocemos, en el cual nos confesamos incapaces de poner un término, y que comporta sólo dos salidas. O bien el olvido, la negativa de la lucha y la caída consentida en un escepticismo que no es más que un cobarde suicidio del pensamiento; o bien el esfuerzo paciente por mantener vivientes todos los valores espirituales verdaderos hasta el día donde ellos reencuentren por un tiempo su equilibrio en el pensamiento de un gran filósofo”, Étienne Gilson, “El rol de la filosofía en la historia de la civilización”, *Revue de Metaphysique et de Morale*, N° 34, Armand Colin, Paris, 1927, p. 172. “No es tan fácil prescindir de lo real, y tuvieron que pasar siglos antes de que al pensamiento se le ocurriera cometer tal suicidio”, *R.M.*, p. 61 y p. 159. “Pero el hombre no es por naturaleza un animal dudoso; cuando su propia locura le condena a vivir en la incertidumbre respecto de los más altos y más vitales de todos los problemas, puede aguantar durante cierto tiempo, más pronto recordará que los problemas están todavía allí pidiendo solución”, *U.E.F.*, pp. 148-9.

<sup>28</sup> La lista es interminable: sensación vs. voluntad, lenguaje vs. pensamiento, pasiones vs. virtudes, medios vs. fines, individuo vs. sociedad, ciudadano vs. estado, poder militar vs. poder político, globalización vs. patria, varón vs. mujer, joven vs. adulto, madre vs. hijo... y lo mismo al revés. “La gente de hoy no es perversa; en cierto sentido aun pudiera decirse que es demasiado buena: está llena de absurdas virtudes supervivientes. Cuando alguna teoría religiosa es sacudida, como lo fue el Cristianismo en la Reforma, no sólo los vicios quedan sueltos. Claro que los vicios quedan sueltos y vagan causando daños por todas partes; pero también quedan sueltas las virtudes, y éstas vagan con mayor desorden y causan todavía mayores daños. Pudiéramos decir que el mundo moderno está poblado por viejas virtudes cristianas que se han vuelto locas. Y se han vuelto locas, de sentirse aisladas y de verse vagando solas. Así sucede que los hombres de ciencia se preocupen por establecer la verdad, y que la verdad les resulte luego despiadada”, *Ort.*, pp. 39-40.

<sup>29</sup> Cfr. *R.M.*, p. 125.

la complejidad de lo concreto por determinada cantidad de ideas claras y distintas<sup>30</sup>. En su sentido realista, la filosofía era entendida como una transposición conceptual de lo real, un conceptualismo abstracto, el cual, partiendo de las cosas, necesita una diversidad conceptual para expresar la esencia de cada concreto, según los puntos de vista adoptados sobre él, de modo que resulta bastante difícil aquí confundir lo abstracto con lo real existente. Mas, “Quien *reificó* los conceptos no fue Santo Tomás, sino Descartes (...) De abstracciones de lo real hizo modelos, de los cuales no se conformó con decir que lo real debe ajustarse a ellos, sino que ellos mismos son lo real (...) para Descartes, toda sustancia es conocida porque se reduce al contenido de su idea, mientras que para un escolástico, toda sustancia en cuanto tal es desconocida, porque es una cosa distinta de la suma de conceptos que nosotros sacamos de ella”<sup>31</sup>. Así, los efectos del idealismo cartesiano se proyectan en sus sucesores a la moral, a la sociología y a la política, con el siguiente corolario: “Mientras se esfuerce en reformarse sobre el modelo de sus doctrinas, la sociedad moderna está condenada a oscilar perpetuamente entre el anarquismo y el colectivismo, o a vivir empíricamente de un compromiso vergonzoso, que no tiene nada que la justifique”<sup>32</sup>. Porque la anarquía social y política es manifestación exterior de la anarquía mental que adquirió peso a medida que los viejos caminos de pensamiento iban quedando anticuados por la crisis en que fue cayendo desde la baja Edad Media la misma metafísica, pues “Cuando los hombres no saben qué pensar, tampoco saben cómo vivir”<sup>33</sup>. Empero, gravedad extrema incuba aún el hegelianismo, sistema lógico-metafísico que culmina en su máxima expresión los presupuestos del sujeto pensante cartesiano, en el que cada “cosa particular es inteligible como parte de un todo, por sí misma, es ininteligible, mejor dicho, por sí misma es una mera autoafirmación fundada sobre la negación de lo demás y negada por lo demás. Si la realización de la Idea es la marcha de Dios a través del mundo, *la ruta del Dios* de Hegel *está sembrada de ruinas*”<sup>34</sup>. Según esto, su sistema se traduce en un campo de batalla humano: “La contradicción entre ideas es guerra entre hombres. En un mundo así, la guerra no

---

<sup>30</sup> Cfr. *R.M.*, p. 121. Es más, para una doctrina realista, la forma cumple un papel preponderante como principio constitutivo de los seres, a partir del cual se fundamenta la clasificación de naturalezas existentes tan varia, como también explica, en cuanto principio activo, su efectiva operatividad causal, cuestión totalmente desdibujada por la conciencia moderna, incluso en el orden mismo de lo inerte, a pesar de no haberse sujetado a sus propios principios el peripatetismo para así reconocerlo, y por ello provocado reacción tan adversa por su causa a la totalidad de su doctrina en los jóvenes iniciadores de la ciencia moderna. Para arrojar luz sobre dicha cuestión, es imprescindible sea reevaluada la tradición medieval, guardando mayor fidelidad a su propia esencia a la luz de los principios por ella alcanzados, no prejuzgando lo que pueden o no dar, sino poniendo a prueba la efectiva fecundidad que ellos brindan en su alcance explicativo de la realidad existente, “para impedir, al menos, que se pierdan bienes espirituales que debieran ser para nosotros posesión definitiva”, *R.M.*, p. 143.

<sup>31</sup> *R.M.*, p. 123.

<sup>32</sup> *Idem*, p. 131.

<sup>33</sup> *U.E.F.*, p. 291.

<sup>34</sup> *Idem*, p. 286.

es en modo alguno un accidente; es la ley”<sup>35</sup>. Este relativismo dogmático enseña “que ninguna cosa particular, tomada por sí, puede afirmarse debidamente sino destruyendo a la otra hasta ser, a su vez, destruida por otra (...) Se trata de ideas real y verdaderamente asesinas; aún no se ha vertido toda la sangre de que son responsables. Más aún, son, en verdad, (...) la conclusión necesaria de una escuela que, al confinar a la razón en la esfera de la pura ciencia, hizo a la Filosofía esclava de la ciega tiranía de la voluntad”<sup>36</sup>. El vigoroso despliegue del moderno idealismo se debe a la coherencia conclusiva con que desarrolla su error fundacional, viviendo sólo de la lógica, cuyo orden y conexión de ideas deviene sustituto de aquel orden y conexión de las cosas. “El *saltus mortalis* que precipita a la doctrina en el abismo de sus consecuencias es anterior a la doctrina misma, y el idealismo puede justificarlo todo con su método, excepto a sí mismo, porque la causa del idealismo no es idealista, ni está siquiera en la teoría del conocimiento: está en la moral (...) si en ocasiones hace violencia a los hechos, deformándolos o pasándolos por alto cuando le molestan, es precisamente porque la pasión de comprender domina en ella el deseo de conocer, (...) en el origen del idealismo, se encuentra la impaciencia de la razón que quiere reducir lo real al conocimiento, para estar seguro de que su conocimiento no dejará escapar nada”<sup>37</sup>. Reacción, por otra parte, característica de lo que de ordinario sucede cuando los hombres pierden la confianza en la filosofía, privada de conceptos y encerrada definitivamente en sus antinomias y contradicciones, lanzada a buscar justificaciones en un orden ajeno al del conocimiento racional de las cosas. Difícilmente pueda imaginarse vaya más lejos en el proceso de su propia disolución. “No podemos vivir sin dar algún sentido a la existencia, ni actuar sin asignar alguna meta a nuestra actividad. Por eso, cuando la Filosofía no da respuesta satisfactoria a esas cuestiones, no hay otro medio de escapar al escepticismo y a la desesperación que el moralismo, el misticismo o alguna combinación de los dos”<sup>38</sup>.

En conclusión, “el remedio para el idealismo no puede buscarse por la vía del idealismo; el único remedio posible es cambiar de metafísica. No se puede superar el idealismo oponiéndose a él desde su interior, porque no es posible oponerse a él desde dentro sin acatarlo; lo que hay que hacer es dispensarlo de existir”<sup>39</sup>.

---

<sup>35</sup> *Ibidem*.

<sup>36</sup> *Idem*, p. 288.

<sup>37</sup> *R.M.*, p. 181.

<sup>38</sup> *U.E.F.*, p. 127 y cfr. p. 133 y 134.

<sup>39</sup> *R.M.*, p. 65.